

El Mono Azul

AÑO I

Madrid, jueves 22 de octubre de 1936

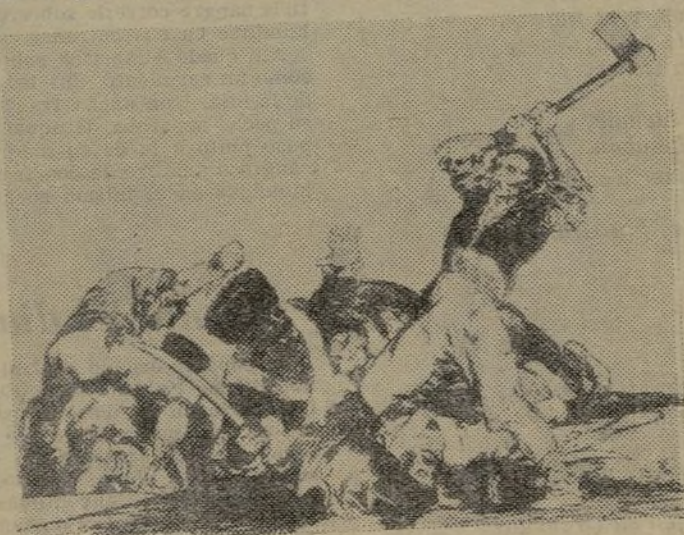
NUM. 9

MILITARIZACION NO ES MILITARISMO

El militarismo fascista hace de los hombres autómatas. Al hombre se le automatiza para la guerra. Se le emborracha de mecanización para reducirlo a instrumento pasivo, de una obediencia muerta. Son entonces cadáveres en pie, como se dijo, que sirven ciegamente, mecánicamente, automáticamente, como seres inanimados, como sonámbulos. La Alemania de 1914 poseía un poderoso Ejército automatizado, expresión viva, o muerta, del militarismo automático. Contra ese Ejército lucharon y vencieron los Ejércitos vivos, espontáneos, conscientes. Ejércitos que tenían una fuerte unidad vital, y no una uniformidad de muerte. No hay que olvidar esto: que al enorme aparato aparentemente invencible del militarismo automático alemán lo venció el hombre, lo derrotó el peludo. Y el peludo era el hombre. El hombre que dijo en una frase inolvidable: «J'aime bien obeir mais j'ai n'aime pas qu'on me commande!» Me gusta obedecer, pero no me gusta que me manden. Al peludo, porque le gustaba obedecer no le gustaba ser mandado. Meditemos estas palabras de evidente actualidad para nosotros. Evoquémoslas, sobre todo, al conjuro mágico de una palabra que debe libertarse de la superstición para ser eficaz: la disciplina. El peludo disciplinado por su propia voluntad no era un autómatas, era un hombre. Y por eso ganó la guerra. Contra los disciplinados a u t o m á t i-

cos. Contra el militarismo. Militarización, hay que decirlo claro, y sobre todo, verlo claro, sentirlo claramente, no es automatismo. Militarización es todo lo contrario, es voluntad, gusto de obedecer, porque se sabe a lo que se obedece. La guerra se gana por una voluntad humana de vencer, y esa voluntad humana de vencer, la que tuvo el peludo, es la libre obediencia que presta por su sola voluntad cada uno. El pueblo de Madrid es el que ha inventado la frase profundísima en su graciosa expresión sencilla de que cada uno es cada uno. Y todos los cada uno juntos, sin dejar de ser cada uno, al contrario, por serlo, si lo son de veras, todos juntos, ganarán la guerra. Como la ganaron los peludos. Todos juntos, y como en nuestro Lope, todos a una. Pero todos a una. También ganaron la guerra los peludos cuando Foch los unió a todos, cuando los juntó a todos en una sola voluntad común que fué la victoria.

No olvidemos que tenemos enfrente un Ejército militarista, automático. Acordémonos de los peludos. Y que cada uno por su libre, santísima voluntad de obedecer, que es disgusto de ser mandado, temple esta voluntad con la decisión de entregarse a esa única voluntad común que es la voluntad de la victoria.



DIBUJO
DE GOYA

HOJA SEMANAL DE LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS PARA LA DEFENSA DE LA CULTURA

Ayuntamiento de Madrid

EL CRIMEN FUE EN GRANADA

A Federico García Lorca

I (EL CRIMEN)

*Se le vió, caminando entre fusiles
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle a la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡mi Dios te salva!*

*Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—.
... Que fué en Granada el crimen
sabed—¡pobre Granada!—, ¡en su Granada!...*

II (EL POETA Y LA MUERTE)

*Se le vió caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque—yunque y yunque de las fraguas.
Hablaban Federico,
requiebrando a la Muerte. Ella escuchaba.
“Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!”*

III

*Se les vió caminar...
Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un tûmulo al poeta,
sobre una fuente donde lllore el agua,
y eternamente diga:
el crimen fué en Granada, ¡en su Granada!*

Antonio MACHADO

(Del semanario *Ayûda*.)

LA SANGRE VERTIDA Una mujer sin “ideas”

Fué en vano que trataran de convencerla. No hubo quien pudiera arrancarla del humilde chozo en que vivió siempre. Se obstinaba en que no tenía por qué abandonar el pueblo junto a las demás familias—mujeres y niños—que iban a evacuarlo aquella noche. Comprendía que se fuesen las otras: tenían hijos o marido en el frente. La furia de los moros se cebaría en ellas, mujeres de sus enemigos. Pero Francisca, que era sola, sin nadie más que ella misma y la chiquita, ¡qué habría de importarle a los invasores, qué daño podría nunca haberles hecho! Además, las otras, muchas, casi todas de las que hacían en aquel instante su hatillo para ponerse en camino, tenían “ideas”. Del marido o del hermano las aprendieron. Mientras que ella no tenía “ideas”, como no tenía marido, ni hermano, ni padres, ni apenas donde caerse muerta.

Forcejearon las vecinas. La Antonia pintó como mejor pudo, con las más duras tintas, el cuadro de los espantos que cometían los del Tercio y los moros por donde pasaban. Hasta degollaban criaturas igual que a corderos. Al decirlo abría mucho los ojos, como si retuviera el espanto de haberlo visto. Y no pudiendo llevársela, allá quedó a la noche en el pueblo vacío sola con la niña.

Se oían voces lejanas. De tiempo en tiempo, nutrido tiroteo. La Francisca era mujer muy entera, y sin embargo...

Apretaba la niña contra sí. La criatura atendía a todo, tensos los sentidos. Se veía que comprendía cuanto estaba pasando allá, no muy lejos de donde estaban. Tenían sus ojos el terror profundo de quien siente la muerte caminar de cerca, oye el resón de sus pasos. Pero nada decía. Ni dijo nada en toda la noche. A veces sólo cambiaba con su madre una mirada rápida, sesgante, que recogía en seguida como si temiese herirla, aumentar su quebranto con el propio, su miedo con su miedo.

El fuego fué creciendo; fueron más llenos, mas continuos los estampidos de la pólvora, más rápida la granizada de la fusilería o de las ametralladoras. Y súbito un largo silencio. Francisca sentía cómo este silencio tan compacto le oprimía el pecho hasta casi ahogarla.

Se percibían ahora pasos precipitados por la calleja y silbidos penetrantes de las balas, que abrían un surco afilado, traspasaban sus sentidos. Era una sensación dolorosa. Como la desgarrasen por dentro muy hondo.

De un golpe seco la puerta se desgajó. Eran ellos, los moros. Quiso gritar. Pero tenía la lengua seca; se le había endurecido como piedra la garganta. Sobre su mismo pecho segaron las gúmfas el tierno cuellecito de la niña. Sintió su tibia sangre correrle sobre el seno e inmediatamente el hierro hundirse en sus entrañas.

Allí quedó Francisca sobre el suelo, espatarrada, retorcida como un sarmiento. Sus brazos apretaban contra sí el cuerpo de la hija. Una ancha franja roja que se hundía profunda en su pecho separaba de aquel cuerpecillo la cabeza. Alguien le puso junto a la de su madre en el suelo. Y así, sangre con sangre unida, frente con frente, Francisca y la niña quedaron hundidas en el mismo sueño.

V. SALAS VIU

“Juventud”, diario de la mañana

El popular órgano central de la Federación de Juventudes Socialistas Unificadas de España, antes bisemanario, se ha transformado en diario a partir del día 20 del corriente.

Será el segundo diario que con carácter juvenil y como portavoz de una organización de jóvenes saldrá en el mundo entero. Hasta ahora, sólo existía la “Konsolomorskaya Pravda”, diario de las Juventudes Comunistas de la U. R. S. S.

Es propósito de la Comisión Ejecutiva de la Federación de Juventudes Socialistas Unificadas que “Juventud”, diario, sea el auténtico portavoz de los jóvenes combatientes antifascistas.

EL MONO AZUL saluda calurosamente al querido colega y le desea el triunfo más completo en su lucha diaria.

GERONA

(Fragmento de un "Episodio Nacional")

Tomamos de los "Episodios Nacionales", de Pérez Galdós, obra maestra de nuestra novela del siglo XIX en que se relata la gloriosa gesta del pueblo español contra el imperialismo bonapartista, el siguiente párrafo de "Gerona". En él está fielmente reflejado el estado de ánimo, el ardiente heroísmo del Ejército popular que, improvisado por Álvarez de Castro y bajo su mando, defendió aquel trozo de España contra la primera potencia militar del mundo en aquella época, la Francia de Napoleón Bonaparte, y contra los soldados más aguerridos de entonces, los vencedores de Jena y de las Pirámides, que habían sometido Europa entera y esclavizado a las ambiciones del Emperador:

"Saliendo con mi fusil al hombro adonde el tambor me llamaba, corrí por las calles. Estaba ciego y no veía nada ni a nadie. Mi cuerpo desfallecido apenas podía sostenerse; pero lo cierto es que andaba, andaba sin cesar. Hablando febrilmente conmigo, me decía: "¿Pero estoy loco?... ¿Pero estoy vivo acaso?" ¡Terrible situación de cuerpo y de espíritu! Fui a la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y me movía como los demás. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado a mis compañeros. No era yo quien hacía todo aquello: era una fuerza superior, colectiva; un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo. Es a veces un impulso deliberado y activo; a veces un ciego empuje, un abandono a la general corriente, una fuerza pasiva, el mareo de las cabezas, el mecánico arranque de la musculatura, el frenético y desbocado andar del corazón, que no sabe adónde va, el hervor de la sangre que, dilatándose, anhela encontrar heridas por donde salirse.

Este heroísmo lo tuve, sin que trate ahora de alabarme por ello. Lo mismo que yo hicieron otros muchos, también medio muertos de hambre, y su exaltación no se admiraba, porque no había tiempo para admirar. Yo opino que nadie se bate mejor que los moribundos.

Allí estaba don Mariano Álvarez, que nos repitió su cantinela: "Sepan los que ocupan los primeros puestos que los que están detrás tienen orden de hacer fuego sobre todo el que retroceda." Pero no necesitábamos de este aguijón que el inflexible gobernador nos clavaba en la espalda para

llevarnos siempre hacia delante; y como muy acostumbrados a ver la muerte en todas las formas, no podíamos temer a la amiga inseparable de todos los momentos y lugares.

La fatiga misma sostenía nuestros cuerpos; hablábamos poco, y nos batíamos sin gritos ni bravatas; como es costumbre hacerlo en las ocasiones ordinarias. Jamás ha existido heroísmo más decoroso, y a fuerza de ver el ejemplo, imitábamos el aspecto estatuario de don Mariano Álvarez, en cuya naturaleza poderosa y sobrehumana se estrellaban sin conmoverla las impresiones de la lucha como las rabiosas olas en la peña inmóvil.

Por mi parte, puedo asegurar que lleno el espíritu de angustia, alarmada hasta lo sumo la conciencia, aborrecido de mí mismo, me echaba con insensato gozo en brazos de aquella tempestad, que en cierto modo reproducía exteriormente el estado de mi propio ser. La asimilación entre ambos era natural, y si en pequeños intervalos yo acertaba a dirigir mi observación dentro de mí mismo, me reconocía como una existencia flamígera y estruendosa, parte esencial de aquella atmósfera inundada de truenos y rayos, tan aterradora como sublime. Dentro de ella experimentábanse grandes acrecentamientos de vida, o la súbita extinción de la misma. Yo puedo decirlo; yo puedo dar cuenta de ambas sensaciones y describir cómo acrecia el mavimiento, o por el contrario, cómo se iban extinguiendo los ruidos del cañón cual ecos que se apagan repetidos de concavidad en concavidad. Yo puedo dar cuenta de cómo todo, absolutamente todo, ciudad, campo enemigo, cielo y tierra, daba vueltas en derredor de nuestra vista, y cómo el propio cuerpo se encontraba de improviso apartado del bullicio y vertiginoso conjunto que allí formaban las almas coléricas, el humo, el fuego y los ojos atentos de don Mariano Álvarez, que, relampagueando entre tantos horrores, lo engrandecían todo con su luz. Digo esto porque yo fui de los que quedaron apartados del conjunto activo. Me sentí arrojado hacia atrás por una fuerza poderosa, y al caer, bañado en sangre, exclamé en voz alta:

"¡Gracias a Dios que me he muerto!"

Un patriota que por no tener arma se contentaba con arrojar piedras arrancó el fusil de mis manos inertes, y ocupando mi puesto gritó con alegría:

"Acabáramos. ¡Gracias a Dios que tengo fusil!"

• • •

La voz de Hispanoamérica

EL 18 DE JULIO EN MEXICO

Las primeras noticias de la insurrección fascista de los militares españoles llega a México cuando el país se encuentra conmovido por el movimiento huelguístico más importante registrado en los últimos años: la huelga de electricistas, que afecta no sólo a la capital de la República, sino a varias ciudades.

Esa huelga es un desafío directo al imperialismo. La reacción, que lo sabe, en los primeros días adopta una actitud recelosa que refleja su inquietud. Y es entonces cuando llega—llovido del cielo, habrán dicho las damas devotas—el anuncio del levantamiento fascista.

Los grandes diarios burgueses, "Universal", "Excelsior", dejan desbordar su alegría en las cabezas a siete columnas; poco importa que el texto de los cables, con ser tendencioso, concuerde poco con los títulos. Hay mucha gente que se da por enterada con leer estos últimos. Y como los reaccionarios mexicanos dan por hecho el triunfo de sus congéneres españoles, salen de su reserva, se envalentonan, su Prensa ataca abiertamente al presidente de la República, exigen el aplastamiento de la huelga. La banda fascista de los "camisas doradas" amenaza con acabar la huelga por la fuerza. Pero ni los electricistas se acobardan ni el Gobierno

cede a la presión de los elementos retrógrados. Los "camisas doradas" son disueltos y su local clausurado. Puestos frente a frente, sin ajena intervención, huelguistas y empresa, la última tiene que ceder. Y como las cabezas fantásticas no pueden prevalecer ante los hechos, y el triunfo del fascismo español no llega tan fulminante como ella lo deseaba, la reacción mexicana recoge velas, tasca el freno y espera...

Alicia REYES

(Escritora mexicana, camarada responsable del Socorro Rojo Internacional en la Sección de su país. EL MONO AZUL saluda cordialmente a la compañera Reyes, hoy entre nosotros.)

ROMANCIERO DE LA GUERRA CIVIL

A LAS MUJERES QUE TRABAJAN EN LA RETAGUARDIA

A PUNTA DE
AGUJA

A punta de aguja
se ganan batallas.
No bastan fusiles,
ni bastan las balas,
ni basta el coraje,
ni la ciencia basta,
que otros enemigos
tomaron las armas.
Aire de la Sierra,
más que aire, navaja
que afiló la nieve
de las cumbres altas,
¡ay, como perdiste
toda tu eficacia!
¿Dónde está el empuje
de que blasonabas?
¿En qué se quedaron
tantas amenazas?
Manos de mujer
frenaron tu marcha,
mellaron tu filo,
fallaron tus ansias.
Anda, ve y golpea
puertas y ventanas;
muge de coraje,
galopa de rabia,
y vuelve de nuevo,
si es que no te basta,
toro de los fríos,
que en la retaguardia
manos femeninas
y llenas de gracia
han de hacerte un quiebro
que burle tus mañas.
Ya puedes volverte;
aquí no haces nada,
porque las mujeres,
que apenas descansan,
trabajando todas
te esperan en guardia.
Y no con banderas
en seda bordadas
con hilos de oro
ni hebrás de plata;
nuestras compañeras
usan prieta lana
y tejen con ella
victorias sin tasa.
Que a punta de aguja
se ganan batallas.

Felipe C. RUANOVA



Viento del pueblo

Vientos del pueblo me lle-
van,
vientos del pueblo me arras-
tran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos;
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de
bueyes,
que soy de un pueblo que
embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.
¿Quién ha b l ó de echar un
yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo retuvo
prisionero en una jaula?
Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos,
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;
extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,

catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el
[hacha,

reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.
Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra,
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.
Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muero.

[to,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.
Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que can-
[tan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

Miguel HERNANDEZ

Los hospicianos

*¡Qué pena dan las ciudades
tomadas por los fascistas!
Los asesinos pretenden
salvar su bolsa y su vida
escondidos tras la carne
de más ingenua sonrisa.
Al criminal no le importan
ni los niños ni las niñas,
que el criminal es la muerte,
y los niños son la vida.
Es tanta la mala sangre
de la raza falangista,
que han sacado a los mucha-
chos
del Hospicio de Sevilla
para llevarlos al frente*

y exponer sus pobres vidas
como la carne barata
que se desprecia y se tira.
Los hay de catorce años,
y más niños todavía,
con el temblor del que ignora
el calor de su familia.
Los hay con caritas tristes,
llorosas y sorprendidas;
los hay que van silenciosos,
los hay que gritan un "viva"
descolorido y forzado,
sin alma y sin alegría,
solamente por librarse
de la fina puntería,
a dos metros de distancia,
de una pistola fascista.
¡Católicos de escayola,
qué falsas son vuestras mi-
[sas]

Desconocéis la belleza
de todas las cosas vivas,
y no respetáis los trigos,
ni respetáis las semillas
humanas o vegetales
que un dios escondido envía.
Desconocéis la promesa
que significa una risa
en el muchacho que brota
lleno de afán y de prisa.
Por eso asaltáis hospicios
y todo aquello en que anida
el hombre anónimo y pobre
que trabaja y que palpita.
¡Sois canalla destructora,
sólo la muerte os envidia!
¡Qué sangre más insensible
es la sangre señorita!
¡No hay más sangre que la
[roja,
la que es azul es podrida!

Ramón GAYA



Las cuentas del EL OLIVAR FRANCISCO
buen fascista El olivar encendido VILLOBRES

Mil duros más; diez mil
[duros
estos días pongo en juego;
por Dios y por el fascismo,
mis cortijos, mi dinero.
Mis hijos ya marchan todos
con las pistolas al fuego.
Delante los Regulares,
los moros y los del Tercio;
detrás, la Falange entera,
con todo el cuidado puesto
en que nadie pueda huir
a unirse con los del pueblo.
Si Franco quiere fortuna
aquí tiene cuanto tengo.
Mil duros van, diez mil du-

[ros;
mi capital va completo.
El cura dió todo el fruto
de las colectas del templo;
yo, por Dios y por España,
a dar todo estoy dispuesto.
Si Hitler tiene aviones,
si Mussolini armamento,
si Portugal se nos vende
pagándoselo a buen precio,
Franco, Mola y Cabanellas
tendrán bastante dinero.
No debe faltarnos nada,
que el oro corra ligero
en armas para los vivos
y en misas para los muertos.
Ya cuando las elecciones
pagué votos a buen precio;
ahora, para ametrallar
al rojo y al rojinegro
daré toda mi cartera,
escurriré mi chaleco.
Que no nos falten fusiles,
que vengan tanques guerre-

[ros,
miles de ametralladoras,
los cañones ciento a ciento,
que los capronis de Italia
nos presten todos sus cuer-

El Santo Padre de Roma
por radio está prometiendo
quinientos días de indulgen-
[cia]
por cada rojo en el suelo.
¡Santiago y cierra España!
Ahora la estamos abriendo.
¡Viva Mola y Cristo Rey!
¡Viva el fascismo extranjero!
Por Dios y por el fascismo,
cuanto soy y cuanto tengo.

Antonio APARICIO

El olivar encendido
de brasas, nadie lo apaga.
No lo apagarán las lluvias,
ni la nieve, ni la escarcha,
que cinco mozos ardieron
con las ropas empapadas
de gasolina y quedaron
cinco estrellas de venganza
atadas a los olivos
como señeras de plata.



¡Ay, olivar, olivito!
 ¿Quién vareará tus ramas?
 ¿Quién cogerá la aceituna
 de tu tierra colorada?
 Que cinco mozos ardieron
 con las manos hechas ascuas.
 Señoritos los quemaron
 defendidos por los guardias,
 esos que tienen cortijos
 con ganaderías bravas.
 Los quemaron entre alegre
 repicar de carcajadas.
 El cura, en el campanario,
 echó a vuelo las campanas.
 ¡Ay, olivar, olivito!

¿Quién te vareó las ramas
que no puso entre tus hojas
un puñado de metralla?
El olivar, encendido
de brasas, nadie lo apaga.
No lo apagarán las lluvias,
ni la nieve, ni la escarcha,
que el fuego de los olivos
ha prendido en toda España.

Rafael BELTRAN LOGROÑO

FRANCISCO
VILLOBRES

Por serpentinas brillantes,
ferrocarril malagueño.
Lleno de fascistas viene,
negro por fuera y por den-

Un tren avanzando rápido,
que es preciso detenerlo,
que es preciso que sus hom-
bres

no sirvan ya de refuerzo
y que las ruedas rugientes
huyan de aplastar el suelo.
Por un puente ha de pasar
tiznado del humo negro,
y ese puente no lo pasa
porque no lo quiere el pue-
blo.

Patrulla de milicianos
dinamita le pusieron.
Iba Francisco Villobres
de capitán de los nuestros.
Una terrible explosión
hízole saltar los hierros;
los rostros de los valientes
rojos como el alma fueron,
se estremecieron los montes
y abrió sus labios el suelo.
Ya el tren fascista quedaba
con las ruedas en silencio,
y estaban sus ocupantes
negros por fuera y por dentro.

Sólo algunos que quedaban
se movían entre los hierros
y los fusiles fascistas
sacaban su hocico negro;
pero una voz valerosa
lanzó a los aires su trueno:
"¡Camaradas, avanzad!
¡Matemos a todos ellos!"
Era Francisco Villobres
el que dió la voz de fuego.
Partieron de los escombros
aislados tiros inciertos
que pronto se terminaron;
mas cayó uno de los nues-
[tro:
[tros:

ra Francisco Villobres,
el que dirigió el suceso,
el que hizo volar el puente
con dinamita del pueblo.
Ya su sombra fué tapada
por la forma de su cuerpo.

R. MORALES CASAS

El día veinte
de julio

El día veinte de julio
sombrio se despertara.
Gigante negro, de puta
engendrado fuera en Africa:
tres días ha que naciera
sin ojos y sin pestañas,
los dientes de lobo viejo,
ensangrentadas las garras,
de pulpos blancos los brazos,
los vientres, de las arañas.
El día veinte de julio
despertara en la Montaña:
tres días tenía de vida
el monstruo de las espadas.
Reventado había la tierra
de viruelas y de llagas;
el corazón era sano,
mas la corteza dañada:
que en sus viejas cicatrices
los gusanos anidaban,
y la savia que les dimos
veneno se les tornara.
Reventado había la tierra
de bufidos y alimañas,
que en guaridas cuarteleras
mascarnos amenazaban.
¡Qué sabroso plato rojo
para Franco, Mola, Aranda,
Queipo, Doval, Cabanellas
y todos los de su casta!
Pero tate, los traidores,
cobardes de mala entraña,
que el suelo que allanarían
ya les abraza las plantas.

Lino NOVAS CALVO



PARA MADRID, RESISTIR ES VENCER

La salida del número anterior de EL MONO AZUL coincidió con la celebración de un importante mitin sobre la defensa de Madrid, en el que tomaron parte significados representantes de las fuerzas que componen el Frente Popular Antifascista. Por las opiniones vertidas en este acto, se puede apreciar cómo va perfilándose un criterio, que no existía, sobre la defensa de la capital.

Para no caer en exageraciones, lo primero que se debe tener en cuenta es que, por ahora cuando menos, la defensa militar de Madrid no se plantea referida al casco de la ciudad, a no ser—excusado decirlo—en el aspecto en que está precavida toda urbe moderna amenazada: el antiaéreo. La lucha guerrera se halla, hoy por hoy, en el cinturón de la capital de la República.

No habrá que levantar barricadas—ha dicho Angel Pestafia en el mitin a que nos referimos—. Donde hay que vencer al enemigo no es en Madrid, sino en la Sierra y en el Tajo.

Aprobamos las palabras de Pestafia, siempre que no se entiendan en un sentido trivial y se pretenda deducir de ellas que el deber del ciudadano madrileño es vivir tranquilo y confiado, reservándose el derecho de cubrir de denuestos a los que luchan, y el deber de los que están en el frente es garantizar esa tranquilidad al buen ciudadano.

El poder de resistencia de una ciudad conscientemente preparada para defenderse nos lo muestran las ciudades ocupadas por el enemigo, quien defiende palmo a palmo los cohornos, con una red muy tupida de fortificaciones, para tener siempre adonde replegarse y evitar que los retrocesos se le conviertan en descabros, y cuando se ve acosado en el propio casco de la población, aguanta casa por casa, reducto a reducto, por si aún le pudiera llegar socorro. Hay casos en que esta resistencia no les ha sido inútil.

Pero el problema material y psicológico de Madrid reside, a nuestro parecer, en que, después de haber hecho abortar la sedición en los cuarteles, no se preparó Madrid para la guerra, sino que su preocupación fué restablecer en todos los órdenes la vida normal.

Así, por ejemplo, los gigantescos esfuerzos hechos en materia de abastecimientos no iban encaminados a almacenar subsistencias para largo plazo, en previsión de que las circunstancias se agravaran. No. El objeto era evitar la escasez de artículos puestos a la venta, y, al fin, hemos empezado a darnos cuenta de que en Madrid se vive demasiado bien para una situación de guerra.

Hoy ya podemos decir—afirmó el alcalde en el mitin del Monumental—que en julio sólo había en Madrid subsistencias para seis u ocho días, y al presente tenemos víveres para que no nos importe un cerco de muchos meses.

Naturalmente, esta afirmación del alcalde suponemos que entraña ciertas medidas restrictivas del consumo, lo cual debe conducir al racionamiento de la población si se quieren evitar verdaderos delitos políticos. De no ir al racionamiento sucederá que al aumentar la escasez de subsistencias, serían los pobres, la más adicta, quienes pagaran las consecuencias, mientras los ricos podrían con su dinero encontrar sitios—ya está ocurriendo—donde se les sirviera como antes. Otro modo de favorecer el almacenamiento de víveres es descongestionar Madrid depoblación superflua: ancianos, niños y enfermos transportables.

Que Madrid no se disponía para la guerra en ningún aspecto nos lo enseña "Pasionaria" con una observación tan certera como vergonzosa de puro elemental:

¿Para qué—pregunta "Pasionaria"—se siguen construyendo en Madrid unas casas que, a lo mejor, son luego destruidas por un bombardeo? Esos obreros y esas vigas deben ir al frente a construir fortines y trincheras.

Hay, además, que limpiar la retaguardia, sin caer en la arbitrariedad y acciones sin control, ya casi superadas, pues la proximidad del enemigo aumentará el espionaje. Con la "quinta columna" hay que ser implacables.

Y, por último, hay que desterrar de las mentes la ilusión de que un triunfo en otros frentes o una ofensiva audaz de parte nuestra pueden hacer levantar el cerco al enemigo. Si Madrid, preparado para resistir, es invencible, no hay que

desconocer que los facciosos presionarán Madrid fuertemente, y no descansen en el supuesto, que pudiera ser equivocado, de que por socorrer a otras capitales vayan a dejar desguarnecido el frente más importante. Insistimos en que para Madrid, resistir es vencer.

Un fantasma habla para América

(DECLARACIONES DE UNAMUNO A «EL MERCURIO», DIARIO REACCIONARIO DE CHILE)

SALAMANCA, 9.—Reinstalado en su cargo por decreto de la Junta de Burgos, después de haber sido expulsado de él por el Gobierno de Madrid, Unamuno ataca ahora violentamente al señor Azaña, diciendo:

«Ustedes oyen hablar del Gobierno de Madrid, pero ya no hay ningún Gobierno en Madrid.

Sólo hay bandas armadas que cometen toda clase de atrocidades.

El Poder está en manos de presos en libertad que esgrimen pistolas.

Azaña ya no representa nada.

Me lo puedo imaginar muy bien desde aquí, sentado en su palacio, pues lo conozco desde hace treinta años.

Está perdido en sus ensueños, atareado tomando notas para escribir después sus memorias.

Es un monstruo de frivolidad que jamás ha pensado en otra cosa sino en escribir sus artículos.

Es el más responsable de todo lo que pasa.

Cuando vió que estallaba el movimiento militar, creyó que se trataba de un simple pronunciamiento.

No se dió cuenta que allí había gente dispuesta a unirse al Ejército.

Se dijo: «Distribuyendo armas al pueblo», y sólo pensó en el Frente Popular, mientras que campesinos y burgueses que ya no podían vivir, eran más el pueblo que el Frente Popular.

Armó a gentes que, apenas tuvieron rifles en sus manos, demostraron ser bandidos.

No le es permitido a un estadista tener tan escaso sentido histórico, el que no consiste en tener nariz sobre los libros, sino en comprender su propia época y aquilatar los movimientos de rebelión.

Entre esos criminales y el pueblo en armas que los combate con el Ejército, la lucha será larga, muy larga y terrible.

Tiemblo al pensar en Cataluña.

Esa locura imbécil que es la idea del separatismo, que se alía con la anarquía.

En el País Vasco, que es mi país, sólo hay un clero sin sentido.

Afortunadamente, el Ejército ha demostrado gran sabiduría.

Franco y Mola tuvieron la alta prudencia de no pronunciarse contra la República.

Ambos son hombres de peso, cuyas determinaciones están bien pensadas.

Franco tuvo oportunidad de servir en Marruecos y demostrar que es un comandante de primer orden.

Militarmente por lo menos, el soldado debe salvar a España.

Me sorprende el encontrarme hoy dando mi confianza a los militares.

En cierta ocasión dije en Francia: «Más vale un cañón que un teniente coronel».

Hoy no repetiría eso.

El Ejército es el único cimiento con el cual uno puede dar una base seria a España.»

CANTAR EN LA GUERRA

Hace algún tiempo—quizá ese tiempo sea ya el de la segunda época de Antonio Machado—renació el cantar; por lo menos, el afán de cantar. Porque entonces no se podía cantar. En el cantar ha de ser el pueblo, forzosamente, el coro; y el pueblo, el coro, estaba preparando, entonando las venas para pelear. No podía atender, comprender a los poetas. Pero sentía con ellos el latido de la alegría próxima. Si no hubiera alrededor el aire podrido del día burgués, la opresión y el engaño cotidianos, el pan robado a la tierra, arrancado de las maros aún cubiertas por el trigo y el polvo, con la autoridad canallesca de una tradición de tercerolas mercenarias, de guardias de la muerte; si no hubiera habido todo esto, el obrero, el campesino, cantarían con el poeta la canción, la escribirían con el poeta.

Ya después de Machado, tres o cuatro poetas jóvenes en España iniciaron un profundo renacimiento del canto. El verso amplio, sereno, que tiene por única música el nombre de las cosas, anunciaba por entonces, después de la afirmación humana de la revolución de octubre, que el hombre comenzaba a descubrir las cosas; sobre todo, a quererlas descubrir. El pan, las labores, el sertido heroico de la lucha proletaria aparecían en los versos de estos poetas con la claridad del vaticinio, con la afanosa profecía de la liberación definitiva del pueblo y la exaltación de los impulsos verdaderos de éste.

Iniciado este camino por los mejores poetas jóvenes, sucedió la traición antipopular por los generales y por los escritores que escribían para los generales. Aún se estaban formando los versos de los signos escritos por los poetas del poeta, cuando el pueblo tuvo que apoderarse de los campos y de las poblaciones, robados a escondidas en los cuartos de banderas de todos los cuarteles de España.

Y volvió otra vez el pueblo a las armas para una pelea más firme y más completa que la de octubre. Muchos dijeron, sobre todo del otro lado, del lado traidor de España, que el pueblo sólo defendía sus salarios. Ahora, en un descanso breve, en la retaguardia de la lucha, cerca de un millar de hombres que forman la valerosa Brigada de la Victoria demuestran que también, y sobre todo, defienden su derecho a cantar, a expresarse, a comunicarse con el más primitivo y universal lenguaje del sentimiento: la poesía. El responsable cultural de la Brigada de la Victoria organizó un concurso de poesía entre los camaradas del batallón. Antes he de decir que el responsable cultural es un camarada del Sindicato de Artes Blancas, panadero de profesión. Después, que el batallón está formado por campesinos en su mayor parte, y que entre los obreros—pocos—predominan los del ramo de la construcción. En algunas de las poesías del concurso aún se advierte la desgraciada influencia de la poesía peor, adquirida a bajo precio por la burguesía. Pero en todos acaba por vencer la emoción popular, el recuerdo del combate: la autenticidad. Por ejemplo: el camarada Cipriano Moreno, de la primera compañía de ametralladoras, comienza por los conocidos versos, de triste hechura:

Oigo patria tu aflicción
y escucho tu triste acerto.

Y luego, la lúmpia memoria de la guerra le hace echar al traste los recuerdos de los recitales cursis y sigue con acento propio y verdadero:

Guardo dos minutos de silencio
en memoria de nuestros muertos.

El camarada Moreno liga las consignas políticas a los conocimientos que él mismo tiene del adversario:

Los verdugos de octubre,
que son peores que fieras.

Así vemos cómo las poesías de los combatientes están originadas en las dos únicas fuentes que pueden tener hoy los que combaten: la propia experiencia del combate y la experiencia colectiva de las consignas. Es decir, se trata de una poesía de lucha, del origen de una poesía de lucha que los poetas conocidos y anónimos están obligados a darle toda su valoración épica. Estamos seguros de que será así después del triunfo en la pelea. Y estaremos seguros siempre. Después de ver un batallón lleno de religioso silencio, mientras camaradas de combate recitaban, algunas veces con lágrimas, las poesías de lucha.

Lorenzo VARELA

El gran escritor Ludwig Renn, entre nosotros

Uno de los más altos valores de la literatura universal, Ludwig Renn, autor de "Guerra" y "Postguerra", ha llegado a Madrid últimamente. Este ejemplar de verdadero escritor viene a Madrid en momentos en que muchos falsos escritores le abandonan. No podía ser otra la actitud del escritor que en 1933 desafió con un valor extraordinario la furia bestial de los nazis alemanes.

Ludwig Renn es un soldado antifascista que luchó en la guerra imperialista de 1914. De esa guerra sacó la experiencia de que para terminar con la guerra y con la injusticia en la tierra no quedaba al escritor, al hombre de pensamiento responsable de su destino y del destino de la Humanidad, otro camino que el de la revolución social. Ascendido a capitán de Artillería, dejó una holgada y brillante carrera para ponerse al servicio de los que trabajan y sufren, con su acción, con su pensamiento, con lo más acendrado de su alma. Sus libros están allí como testimonios inmortales de acusación contra los que hacen la guerra para usufructuarse con ella, contra los que explotan a los trabajadores, contra los que subyugan la libertad y denigran la dignidad humana.

Sus obras y su acción fueron la causa para que fuera encarcelado en los presidios nazis, en donde tuvo que soportar humillaciones sin cuento durante más de dos años. La protesta universal de todos los escritores y artistas obligó a los nazis a dejarle en libertad, y lo que no habían podido por medio de la prisión y la tortura, quisieron lograrlo por medio de la persuasión y la adulación. Al darse cuenta de que Renn es un valor respetado y admirado en todas las latitudes del mundo, Goebbels y sus satélites quisieron captarle para el nazismo por medio de promesas deslumbradoras. Pero Renn es de los que prefieren todas las penalidades, todas las pobreza y si es posible los martirios abrazados a un noble ideal humano, antes que la riqueza, la gloria y todas las satisfacciones proporcionadas por gentes para quienes no cabe más que el odio y el desprecio.

Su presencia entre nosotros nos llena de júbilo, nos afirma más plenamente en nuestro camino y nos da la evidencia cierta de que nuestra causa es indestructible y brillará al fin y al cabo sobre toda la Tierra. Pronto aparecerá en Zurich su último libro: "Ante grandes cambios".

Armando BAZAN

Hemos recibido una carta con la siguiente dirección: "Alianza de Intelectuales Antifascistas, Calle de EL MONO AZUL, 7, antes Marqués del Duero."

Nos ha sorprendido muy gratamente esta simpática iniciativa, que llevaremos a la práctica en cuanto nos sea posible.

Nueva Escena, en el teatro Español

El martes último asistimos en el teatro Español, con la presentación de Nueva Escena, que organiza la sección teatral de esta Alianza, a un espectáculo magnífico, que señalará sin duda una fecha importante en la evolución de nuestro teatro.

La fecha del 20 de octubre de 1936 será, al menos, la de inauguración oficial de un teatro para el pueblo, un teatro del pueblo como en las mejores épocas, teatro de poetas que toman de la raíz popular, de la base, que es también la cuna de los héroes, los latidos y las preocupaciones más hondas y ofrecen luego esta emoción en cuadros vivos, en composiciones formadas con elementos humanos, que son la vida fingida, la vida otra vez, acotada, y así doblemente enigmática.

Nueva Escena tiene actualmente un propósito modesto: quiere servir al interés del momento; animar, divertir, caricaturizar: servir, en suma, a la guerra. Mañana, con el recuerdo de esta guerra de hoy, vivirán de nuevo todos los conflictos humanos y también la busca, siempre renovada, de una vida más clara y profunda, una vida mejor aquí en la tierra.

Nueva Escena no quiere ser el marco de un teatro «nuevo», si se le da a esta palabra el sentido frívolo, ya anacrónico, que tenía en los últimos años. Nueva Escena muestra un teatro libre y humano, pero no de falsa especulación. La novedad de Nueva Escena surgirá precisamente de la verdad, de la autenticidad palpante de sus motivos.

Nueva Escena nace hoy a la vida ilusoria del teatro cuando entre detonaciones se cambia también el marco y el fondo de nuestra vida real. Ese fondo no sabemos exactamente aún cuál es. Entre las obras que presente Nueva Escena, aquellas que nos ayuden a buscar el alma del mañana serán las que nosotros prefiramos.

Nueva Escena muestra dos mundos en lucha. Surge del drama real de hoy y mira al drama último, al drama purificado y alto de mañana, drama que no se resolverá nunca. Mira al drama, que ahora deja a un lado, pero también a la risa, más alegre aún que esa de la sátira que hoy nos ofrece. Mira a la risa. Porque con la justicia vendrá la paz y con la paz la fuerza, la inocencia y la alegría.

Nueva Escena ha amanecido con sencillez, oculta bajo el signo de grandeza, aun inexpresada, que ahora vivimos. Hoy saludamos su aparición tímida, pronto quizás celebraremos con ella el esplendor de ese día que ahora se anuncia.

LA LLAVE, de Ramón J. Sender

Es una obra bien trazada, con acusados perfiles satíricos. Un matrimonio burgués, romo, falto de generosidad aun para consigo mismo. Los dos cónyuges son enemigos por egoísmo y avaricia. El persiguió siempre el espectro sangriento del oro, es un usurero; ella, su sórdida mujer. Llegan los mineros a la casa, nobles, valientes, claros de corazón. Contratan unos con otros. Se necesita algún dinero y se lo piden al

avaro; pero éste, puesto en grave apuro, en donde vemos acentuado el humorismo por la interpretación acertada del actor Fuentes, prefiere, antes que entregarla, tragarse la llave mohosa y cargada de negra historia. El avaro muere entre convulsiones, atendido por un médico, que dirige al grupo de mineros, y en el momento último de su vida sólo le obsesiona un pensamiento: la llave. ¡Que no me abran!, exclama. Y este final burlesco, dentro de lo dramático, da carácter y tono a toda la obra, que fué muy bien recibida por el público. Sender, que por hallarse en el frente no pudo presentarse a escena, recibió un cariñoso y prolongado aplauso.

AL AMANECER, de Rafael Dieste

En la obra de Dieste se puede apreciar que es el trabajo de ocasión hecho a vuela pluma por un excelente y exquisito escritor. El diálogo de «Al amanecer», muy justo, es, sin embargo, elevado, bien compuesto y en donde se percibe inmediatamente el juego que, aun sin proponérselo, hace siempre el escritor con las palabras cuando para él cada una de ellas va cargada de resonancias. Se acentúa también la nota satírica, la visión humorística que tiene Dieste de todos los personajes que componen la primera parte, expositiva, podríamos decir, de su obra. Dieste, ardiendo interiormente, se indigna de la villanía; pero su irritación no es infantil, sino serena y sabia, y por eso mismo eficaz. El afán de Dieste de pureza y simplicidad, de fuerza esquileta, lo vemos en el final súbito, arrollador, en la furia, encarnada en los milicianos del pueblo, que barren el tinglado odioso y complejo de la traición y el crimen.

La farsa-reportaje, como Dieste llama a su obra, está compuesta basada en un suceso de la guerra civil. La traición de un oficial que se ofreció a luchar por la República y luego asesinó canallasamente a su jefe y a los milicianos que habían confiado en él cuando éstos se encontraban indefensos. Nosotros vemos en la obra de Dieste la urdimbre de la traición, la traición por dentro, con sus matices, alternativas y caracteres. Hay tres tipos que forman un gracioso y chillón conjunto de cartel, sabiamente dibujado, matizado, sin embargo. El burgués epicúreo y brutal, el teólogo mentiroso, que santifica la vileza, y el militar pedante y bárbaro, vacío de alma y lleno de instintos asesinos. A ellos se une el filósofo del fascismo, amanerado y retórico, que acaricia sólo la fraseología de ideas confusas e importadas, viles en sí mismas o puestas al servicio de algo vil. Es la de Dieste una crítica sutil de la «espiritualidad» fascista. Todos los tipos vanamente afirmativos contrastan con un marqués indeciso, degenerado, viejo, aburrido de su muerte nobleza, faltándole valor para ser noble, aunque percibe a veces que la auténtica nobleza estará quizás con esos gritos que ahora le hieren. Al fin, tristemente, se abandona al crimen, decidido ya sin vacilaciones por los otros, salvo por una mujer, más humana, como él mismo, pero presa dentro de esa red de maldad en que todos, aun sin quererlo, son verdugos.

La decoración se cierra, y al amanecer el crimen se lleva a cabo: sueñan los disparos y los gritos de espanto. Han caído muchos obreros, pero Ayuntamiento de Madrid

otros reaccionaron y entrando en el palacio, desde donde salieron los tiros, hacen justicia a los traidores. El final, rápido, elemental, es un acierto indudable que conquista y arrebató al público, ya ganado por la fina y bien llevada trama anterior. Dieste recibió un prolongado y entusiástico aplauso.

LOS SALVADORES DE ESPAÑA, de Rafael Alberti

El talento y la gracia peculiar de Alberti para lo caricaturesco, fuerte, lleno de colorido y brío, de novedad y espectacularidad, nos hacía esperar algo divertido e ingenioso de la «ensaladilla» por él anunciada. Todos reaccionamos con entusiasmo sólo al levantarse el telón y ver el abigarrado conjunto de generales, andalucistas de feria, moros y comparsas presididos por un obispo, al que rodean sacristanes y cañones. Los latines del obispo bendiciendo a italianos, portugueses o alemanes, los tipos ridículos de éstos y sus discursos, dieron motivo a Alberti para que luciera su ingenio y su asombrosa habilidad y gracia en el manejo del trabalen-guas. Al final un desfile brillante de la soldadesca, heroica y bendita bajo una lluvia de rojos claveles, que lanza al lado de unos señoritos borrachos, la mujer de cartel, de española, de generales chulos.

La «ensaladilla» de Alberti, puro espectáculo, no es para contada; pero fué un acierto indudable que regocijó enormemente al público y no defraudó en nada a los admiradores del gran poeta del pueblo, animador de nuestro teatro grotesco y poeta satírico que enlaza con la mejor tradición popular española de este género. Es preciso destacar el magnífico decorado de Miguel Prieto y la disposición escénica, que contribuyeron al rotundo éxito de este cuadro.

Alberti, que se encontraba en el patio de butacas, fué reconocido y entusiásticamente vitoreado por el público, que al final escuchó con emoción «La Internacional».

La compañía que dirige Rafael Dieste, asesorado por Francisco Fuentes, nombrado por los mismos actores, mostró en todo momento y en conjunto su alta calidad y excelente dirección, a la vez que el empeño de todos por trabajar animosamente en este noble empeño de Nueva Escena. La Bru, Fuentes, Espantaleón, Carmen de los Ríos, Menéndez, Arbó, Soto, Armet y todos los demás estuvieron espléndidamente en sus papeles. Muy acertados los decorados de Souto y Ontañón y un gran éxito el de Prieto.

Esperamos que Nueva Escena hará en el Español una campaña brillante por el arte del pueblo, por la elevación espiritual de todos y por la causa de los trabajadores.

A. S. B.

REDACCION:

Marqués del Duero, 7

Teléfono 52713

10 cts.

Prensa Obrera. Alfonso XI, 4.—Madrid.